

# *En el barco de Ise*

*Viaje literario  
por Japón*

OSUSO  
MODERNO



LA LINEA DEL HORIZONTE  
ediciones



**SUSO  
MOURELO**

**MADRID, 1964**

Escritor y cronista. Ha trabajado en distintos ámbitos de la comunicación y la cultura como reportero, director de programas divulgativos, gestor cultural y coordinador de exposiciones internacionales. Ha vivido en lugares como Santiago de Compostela, Londres, Basilea e Indianápolis.

La literatura de viajes conforma el grueso de su obra publicada y también es autor de la novela de no ficción *La frontera Oeste* (Caballo de Troya, 2006). En 1999 emprendió un largo viaje por China que supuso un profundo cambio vital. De esa experiencia nació su primer libro, *Adiós a China. Catorce mil kilómetros por un gigante en transformación* (Espasa 2001, Interfolio, 2006). En 2011 publicó *Las cinco tumbas de Gengis Khan. Un viaje por Mongolia* (Gadir) y *Donde mueren los dioses. Viaje por el alma y por la piel de México* (Gadir).

Cada uno de sus proyectos literarios implica una larga investigación sobre la cultura y la historia del lugar al que va a acudir, para luego recorrerlo cargado de curiosidad y respeto, con la idea de que un viaje es, sobre todo, una inmersión en otras realidades y otras voces. Con un estilo personal y reconocible, que bebe tanto de la lírica como de la crónica contemporánea, Suso Mourelo está considerado uno de los escritores de viaje más originales de la narrativa actual. A principios de 2017, meses después de emprender viaje, se asentó en Hiroshima para narrar el relato de su experiencia.



# En el barco de Ise

Viaje literario  
por Japón

LA LÍNEA DEL HORIZONTE  
*ediciones*

Título original: *En el barco de Ise*

Primera edición en LA LÍNEA DEL HORIZONTE Ediciones: marzo de 2017

© de esta edición: LA LÍNEA DEL HORIZONTE Ediciones  
[www.lalineadelhorizonte.com](http://www.lalineadelhorizonte.com) | [info@lalineadelhorizonte.com](mailto:info@lalineadelhorizonte.com)

© del texto: Suso Mourelo

© de la maquetación y el diseño gráfico:  
Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico  
© de la maquetación digital: Valentín Pérez Venzalá

© de la cartografía: Eduard Dalmau

Depósito Legal: M-6424-2017 | ISBN: 978-84-15958-60-4 | IBIC: WTL; 1FPJ  
Imprime: Cofás | Impreso en España | Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

# **EN EL BARCO DE ISE**

VIAJE LITERARIO POR JAPÓN

-

**SUSO MOURELO**

-

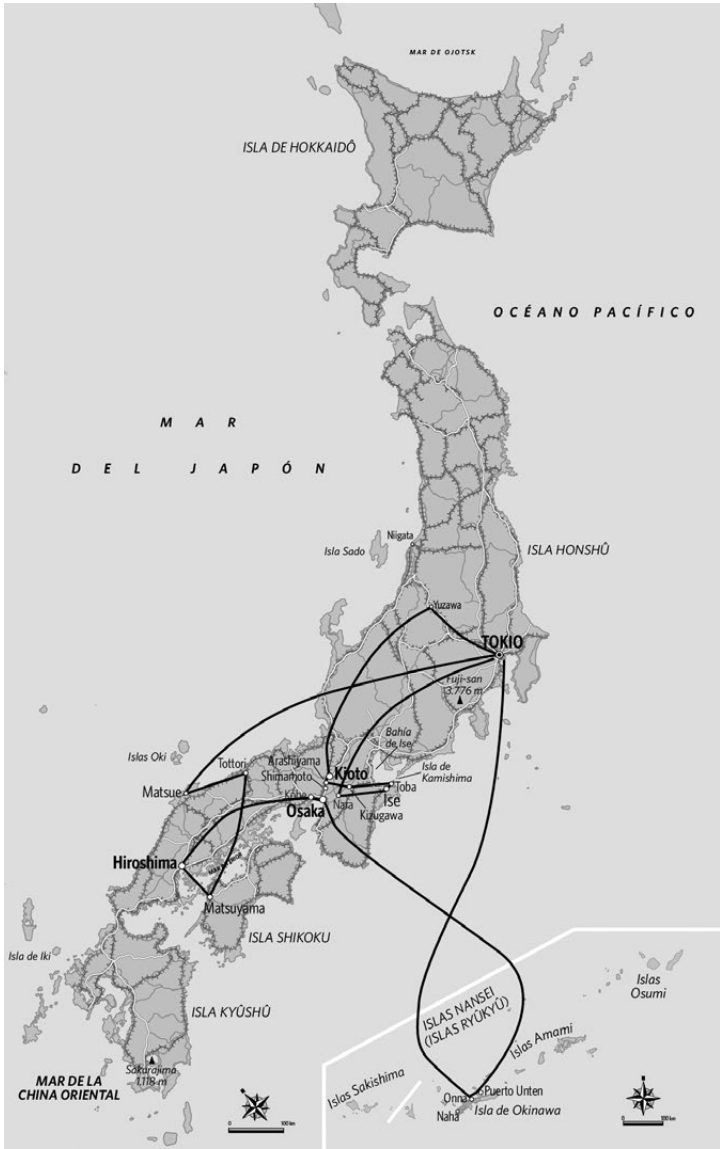
COLECCIÓN  
FUERA DE SÍ. CONTEMPORÁNEOS  
Nº7

**LA LÍNEA DEL HORIZONTE**  
*ediciones*

# ÍNDICE

El comienzo	(15)
Tokio sin Dazai	(17)
Okinawa en el rumor del oleaje	(27)
Osaka de calle	(45)
La llave de Eros	(64)
Kobe con sombras	(74)
Viaje al Oeste	(81)
Hiroshima en la vida	(86)
El tren de Sôseki	(104)
Tottori entre las dunas	(111)
El cuentista de Matsue	(119)
Nocturno de la Vía Láctea	(125)
País de nieve tras el túnel	(129)
Arashiyama en bambú	(148)
Trazos de Kioto	(155)
En el barco de Ise	(177)
La casa de la diosa	(189)
Tokio en canal	(202)
<i>Haiku</i> del adiós	(214)

*A Izumi*





*Si algo caracteriza a los viajes largos es traer  
algo muy distinto de lo que se iba a buscar.*

NICOLAS BOUVIER

*Crónica japonesa*

Suena en el cuaderno un narrador:  
*«Voy a animarme a seguir escribiendo historias  
mientras escucho como cae, incesante,  
la lluvia de primavera».*

Llega en ocasiones durante el viaje un momento en que se produce una embriaguez: el desapego. Un tiempo en que el alma flota y los pies se aligeran. El pasado se empequeñece y el futuro no existe. Solo lo que ocurre cuenta. Aparece tras tiempo de alejamiento, de abandono de los rituales. Tras oír docenas de voces ajenas y escuchar la de uno mismo. A veces sucede en un lugar hermoso, en un barco o en un tren, y siempre alcanza al peregrino en soledad. A mí me invadió en Tottori, una ciudad deslavazada e impersonal, de camino a un mar de dunas.

Me había levantado tarde, vencido por la deuda de sueño contraída en Hiroshima. Tomé té con mandarinas y salí a la mañana. La vida andaba a cámara lenta, a paso de domingo. Los rostros danzaban como hermosos fantasmas de un sueño.

Oí una canción.

Era yo quien cantaba. Me habían contado que las melodías salen solas en momentos de miedo. Acababa de descubrir que también ocurre al contrario.

Estaba en Japón y aún lo haría el tiempo suficiente para no calcular cuánto. El único pensamiento era acudir a las páginas de una novela, a tocar las dunas en las que Kôbô Abe parecía haberse inspirado para escribir una historia asfixiante, *La mujer de arena*.

Alcancé el autobús, pero no subí. Demoré el destino, los momentos que llegarían. Me entretuve y perdí el tiempo para ganarlo.

*Tras el escaparate de una cafetería una madre habla y toca a su bebé. En una esquina una chica chatea. En otra mesa un adolescente juega en el móvil.*

Mi equipaje era un cuaderno en el que había anotado párrafos del tiempo en Okinawa, la vida en Osaka, el regalo de Matsuyama. La brújula, huellas borradas, los espacios en los que Ueda Akinari, Natsume Sôseki, Junichirô Tanizaki, Masuji Ibuse, Yasunari Kawabata, habían situado sus relatos.

Los pies han dejado de pesarme.

La canción vuelve a sonar sola.

Voy a buscar la arena de la mujer de arena.

## TOKIO SIN DANZAI

*Una ráfaga de viento. Dos niñas dejan las mochilas e intentan en vano atrapar florecitas que llueven. Rien: las flores que tocan el suelo no valen.*

Hay un parque lineal en Asagaya, uno de los mil barrios de Tokio, donde a finales de marzo la gente va de *hanami*: la contemplación de los cerezos en flor.

Bajo los árboles caminan ancianos, colegiales, familias y parejas. Algunos se sientan en un poyete frente al río o tienden lonas sobre la hierba. En uno de esos lienzos unos jovencitos han dispuesto pasteles blancos en un homenaje a las flores. Nadie grita, nadie escandaliza: en un anuncio de lo que será Japón, al extranjero le asombra la quietud, esa pulcritud en el cumplimiento de lo establecido. Los asistentes comen *onigiri*, bolas de arroz, y dulces preparados para el festival. Los niños beben zumos y los viejos, sake. A los parques acuden millones de personas a disfrutar de la belleza. Este año soy una gota en la marea.

Hay tantas posibilidades de conocer sin salir de casa que todo lo que se observa resulta visto. La vista es la mentira. Existe algo, más allá de la idea de lo advertido, que solo se alcanza cuando se está en el lugar.

—¿Cómo planeaste tu viaje?

No hubo un plan para contemplar *sakura*, los cerezos en flor, fue la posibilidad quien eligió la fecha.

A la orilla del río Zempukuji, sobre cuya piel se pasean los árboles, la multitud asiste a un espectáculo que los poetas han cantado durante siglos. Nombres ya sagrados y voces como la de Kanoko Okamoto, una mujer que hace un siglo se enfrentó a los convencionalismos formales y sociales.

*shin sin to  
sakura kakomeru  
yoru no ie  
totsu to shite piano  
nari ide nikeri*

*Guardan de noche  
los árboles en flor  
una vivienda.  
De pronto en la quietud  
suena la voz del piano.*

—¡Campai! —Alzo la copita de sake.

Akiko fue periodista. Escribía crítica literaria y textos sobre religiones en publicaciones especializadas. Hasta que internet inundó el papel y sus artículos naufragaron: nadie dedica ya a un texto el esfuerzo que ella volcaba. Ya no hace falta saber demasiado para escribir, el lector no exige porque no paga y sin demanda, la calidad se esfuma.

Así resume Akiko el cambio de su antiguo oficio, la razón por la que se ha convertido en profesora de japonés. Sus alumnos son europeos, chavales que pasan cuatro o seis semanas en Tokio.

—Casi todos vienen a estudiar porque son seguidores del manga. Muchos son fanáticos, *otaku*. Vienen e estudiar la lengua en la que se crean estas historias y a ver el país en el que tienen lugar. Resulta curioso, ¿verdad?

Cómo asombrarme si descubrí Japón con las ilustraciones del *ukiyo-e*; cómo extrañarme si este sake y estas flores son una invitación, la consecución del deseo, de Kawabata y de Akinari, de los pobladores de esas historias que han convertido mi estantería en un bosque.

En mi plan no existían los cerezos, pero los narradores y una mujer han querido regalarme su hospitalidad.

*Una chica se pone de puntillas, alarga el brazo y toca una flor. Su gesto forzado no sorprende a nadie. Su amiga le hace una foto.*

La tarde se desvanece en los ojos, ya en penumbra, de los paseantes. Cuando todo es sombra vierto la curiosidad en los alrededores de la estación de Asagaya. Las salidas escupen gente que se desparrama, en un ballet urbano, por los cuatro puntos cardinales. De ese movimiento sale un rumor, una voz quieta que se esfuma en la distancia; a veces reaparece, mutada, en un taconeo urgente.

De la estación parte una calle en dos sentidos, sinuosa y estrecha. Al oeste derrama bares, tienditas y luces, restaurantes diminutos con comensales solitarios y grupos de colegas; y lo que Akiko llamó los restos del *red-light district*, cristales velados y carteles de mujeres, también sinuosas, al reclamo de *Girl's* y *Love-la*. Al este, más apagado, el camino se alumbra de vez en cuando con una casa de comidas o un *convini*, las tiendas de conveniencia.

*En una taberna de madera, en la estancia del fondo, el cocinero fuma sentado. Aguarda y las volutas densas que expulsa se quedan junto a él.*

Me siento en el taburete de una *izakaya*. No hay clientes y el cocinero aguarda tras el antepecho atiborrado de botellones de sake; ese muestrario lo separa de la salita en la que se abre, a un lado, una plataforma de tatami y, al otro, un inmenso mostrador de madera.

Poco a poco llegan los habituales, hombres solos que se sientan en la barra y a quienes la mujer, una anciana que se mueve con destreza, trata con familiaridad y palabras escasas. El cocinero comienza su tarea y la taberna se va animando. Los clientes comen raciones de pescado y pinchos de carne, alguno fuma, y de vez en cuando hablan con la mujer.

Abandono la casa, llena ya de olor. La bajamar ha llegado a la noche y las olas de gente se han vuelto tímidas. Los restaurantes de comida rápida han cerrado, y algunas empleadas se apresuran a meter mesitas y carteles. Al verlas pensé que corrían para no perder el tren, pero el tiempo me explicaría que solo era diligencia en la tarea.

Había ido a un parque a ver flores en las ramas cuando mi único destino en la ciudad yacía lejos de allí, en el canal en el que un narrador salvaje, Osamu Dazai, se había quitado la vida al cuarto intento.

Tampoco iba a ir a Akihabara, pero en los viajes conviene borrar los mapas.

*Una mujer se sienta en un banco con las piernas cruzadas. La falda oculta el banco y deja aire entre el suelo y la mujer, como si esta flotara para escapar del trájín que estalla tras ella.*

Existen tantas formas de aproximarse a un lugar como viajeros y estas se mueven entre dos extremos, una pausada y otra a bocajarro. Había previsto pasar los primeros días en Tokio, donde volvería tiempo después, sin citas ni deberes, solo con ese canal de Dazai como anhelo. Pensé que, para entrar a una ciudad tan impetuosa, un nudo de más de trece millones de personas, convenía

ser primero *flâneur* y, tras recorrer el país, ya contaminado, lanzarse en canal a por su corazón.

Entonces se cruzó Wataru. Wataru acababa de licenciarse en Sociología y estudiaba inglés y español para conocer la historia desde otros puntos de vista. Preguntó si quería ir a algún lugar, tal vez Shibuya. Shibuya es un destino conocido y multitudinario. El recién llegado asintió como salvoconducto: quería ir sin compañía al parque de Dazai y cualquier lugar servía para preservar esa próxima visita en soledad. En Shibuya podíamos vagar por alguna calle secundaria, algún lugar donde encontrar a Kiyooki Matsugae, aunque llegáramos con cien años de retraso.

Para pisar cualquier calle antes hay que salir de la estación y en Shibuya esa acción arrolla cualquier expectativa. Encaramados a un puente contemplamos la imagen, mil veces vista pero impresionante, en que una multitud de peatones cruza e inunda el espacio en una diástole perfecta. Inevitablemente, ese teatro de vida, esas aurículas que escupen y absorben gotas de humanidad a cada latido de semáforo, golpea el cerebro del espectador.

Le pedí a mi amigo que por un rato no habláramos, que solo sintiéramos ese movimiento que contemplado a trocitos semejava el caos y desde el cielo, la armonía. No imaginaba entonces que, mucho después, iría una y otra vez frente a una estación, Ikebukuro, a un café en una tercera planta, a divisar millares de siluetas en un cruce sin fin.

Para eso faltaba mucho. Todo el viaje. Los nombres, los sentimientos y los pasos que era incapaz de concebir. Ahora solo podía ser testigo, un observador como Shige-kuni Honda, el protagonista externo de la tetralogía de Yukio Mishima *El mar de la fertilidad (Hôjô no umi)*.





Este libro aparece en los días de sakura,  
los cerezos en flor, de 2017.  
Un año después de que su autor  
llegara a Japón.

## COLECCIÓN FUERA DE SÍ

*Un paseo literario por el mundo a través  
de autores y viajeros de hoy.*

CO#1

*Paisajes del mundo*

JAVIER REVERTE

CO#2

*El cuerno del elefante*

PACO NADAL

CO#3

*Postales del joven Moss*

ALEXANDER BENALAL

CO#4

*El camino cruel*

ELLA MAILLART

CO#5

*Del viaje como arte*

EDITH WHARTON

CO#6

*Crónica japonesa*

NICOLAS BOUVIER

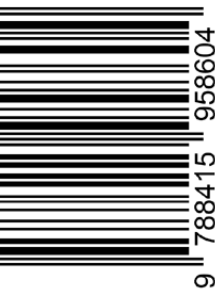
CO#7

*En el barco de Ise*

SUSO MOURELO

ISBN: 978-84-15958-60-4

IBC: WTL; 1FPJ



*Hay tantas posibilidades de conocer  
sin salir de casa que todo lo que se observa  
resulta visto. La vista es la mentira.  
Existe algo, más allá de la idea de  
lo advertido, que solo se alcanza  
cuando se está en el lugar.*

**SUSO MOURELO**

En la primavera de 2016 Suso Mourelo se mudó a Japón para recorrer el país con brújula literaria. Desde grandes ciudades a tranquilos enclaves rurales fuera de las rutas convencionales, el objetivo era conocer algunos de los lugares donde transcurrían las novelas de sus autores preferidos: el Tokio en el que vivió el escritor maldito Osamu Dazai o la pequeña isla de Kamishima que sirvió de inspiración a Yukio Mishima; el Kioto donde se desarrollan las historias fetichistas de Junichirô Tanizaki o el refugio de montaña en el que Yasunari Kawabata situó *País de nieve*. Junto a ellos nos asomamos a otros autores como Masuji Ibuse, Natsume Sôseki o Ueda Akinari, y viajamos a las páginas de clásicos como Chikamatsu Monzaemon o autoras como Takasue no musume o Murasaki Shikibu. Un relato trenzado en otras ficciones donde asoman escritores nipones de todo tiempo y algunos de los europeos que sucumbieron al hechizo japonés como Lafcadio Hearn o Nicolas Bouvier.

Con la referencia de este universo literario el autor deambula por el país, al mismo tiempo que conversa con sus gentes, convive en la intimidad de sus hogares e indaga sobre las circunstancias de una sociedad que vive una mutación asombrosa, no solo en relación a su pasado, sino a un presente confrontado por cambios generacionales, culturales o tecnológicos y en el que el protagonismo ascendente de sus mujeres está creando una profunda brecha en sus hábitos. Suso Mourelo compone un relato que, al modo de un largo *haiku*, nos guía por la memoria literaria a golpe de sensaciones e imágenes del presente.

**LA LÍNEA DEL HORIZONTE**  
*ediciones*